

Notas de vida

Es el 9 de julio de 1956 y son las 7 de la mañana. La pequeña Liliana de seis años llega en barco desde Portugal, ve un desborde de banderas argentinas y piensa: “¡la pucha, cómo nos reciben!”

Cierto es que el puerto de Buenos Aires no estaba embanderado por la llegada de la familia Suetta como lo imaginaba la fantasía infantil. Sin embargo, un grupo excitado de tíos, primos y abuelos suelta por fin el afecto tan contenido por años y grita: “¡Juan Manuel, Lilia...!” Alborozo. Entonces Liliana Julia toma fuerte la mano de su padre Juan Manuel Suetta, ya mito, ya un referente de aquella familia de La Paternal, mira sorprendida la alegría de su madre Liliana, y se lanza al encuentro. Nueve años de ausencia fueron suficientes para que se instale la leyenda familiar de un brillante Juan Manuel culto, un diplomático reconocido, siempre humilde. Por un decreto del Presidente Juan Domingo Perón, los egresados con medalla de oro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires ocupaban los puestos de agregados culturales en el exterior. Aquel 9 de julio, el Prof. Suetta, luego de desempeñar dicho cargo en Madrid y en Lisboa, se encontraba regresando a la Argentina. Perón había sido derrocado, por lo que unos meses después, el 8 de octubre de 1956, cuando Suetta llegue al Ministerio de Relaciones Exteriores, se topará con el Boletín Oficial abierto para leer en él su nombre: estaba incluido en la lista de los que habían sido dejados cesantes. Toma sus pertenencias de la oficina y se marcha. Volvería a ocupar cargos públicos como Secretario General de la Comisión Ejecutiva del Censo Indígena Nacional (1965-1968); representando a la Provincia de Jujuy ante la Comisión Interministerial del Plan Andino (1966); como profesor asociado con orientación arqueológica en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en 1968, donde el mismo año fue también Secretario de Asuntos Académicos; y meses antes de su fallecimiento (14 de agosto de 1975), con el relevamiento de unas ruinas en la provincia de La Rioja, encargado por el Instituto Nacional de la Administración Pública.

Leamos la carta¹:

Buenos Aires, 20 de junio de 1975

Sr. Prof.
Don Juan Manuel Suetta
Buenos Aires

Muy querido Prof. Suetta:

Mañana parto para Mendoza y el Norte a visitar a los Misioneros. No quiero dejar pasar el día de hoy sin ponerle estas líneas de profundo agradecimiento.

Agradecimiento a Usted por todo lo que ha hecho en este momento tan conflictivo de la Universidad, aún a costa de su salud.

Agradecimiento a Dios porque nos ha dado, en su comportamiento, el testimonio de que "todavía hay sabios en Israel". Esa honda sabiduría, que Usted mencionaba ayer en su discurso al referirse a los sufrimientos en lo más hondo de la conciencia. Esa sabiduría que lo condujo a Usted a obviar el fácil rodeo de un hacerse a un lado, o el posible falso triunfo de quien ve llegada la hora del desquite. Esa sabiduría que le susurró, con la fuerza de una orden en lo más hondo de su alma, que frente al deber y a las convicciones arraigadas, sólo hay una respuesta: ir al frente, dar la cara, ofrecer las manos al trabajo. Por todo esto doy gracias a Dios. Porque en un momento de conflictos institucionales actitudes como la suya engrandecen la Institución, la sanean, le hacen bien.

A Usted lo conocí un 1 de agosto ofreciéndome una renuncia. Esa fue su carta de presentación. Y me es grato decir que -a casi dos años de aquel día- Usted sigue siendo el hombre de la renuncia, de la renuncia callada a la comodidad, al honor, para que la Institución crezca. Ayer Usted era el gran ausente en el sentido de que estaba en segundo plano... pero sepa Suetta, que gracias a su segundo plano, gracias a querer asumir ser "interino", pudo haber un Rector definitivo, un primer plano. Muchas gracias.

Suyo,

Jorge Nain Bergoglio

JORGE MANUEL BERGOGLIO, S.I.
PROVINCIAL FRAY ARGENTINA

¹Ubicación: 1975-IA-Suetta-16

Es una carta entre sabios. La sabiduría se realiza solo en los humildes. El 7 de febrero de 1975 el Prof. Suetta le había enviado una carta al Padre Camargo en la que rechaza el título de Doctor Honoris Causa que la Universidad quería otorgarle por sentir que está “muy lejos de ser una personalidad relevante para el país”, insistiendo que su mayor premio fue el aprecio ganado entre los Padres jesuitas: “Bergoglio y Camargo en primer lugar, pero también de Fiorito, Amadeo, Pérez del Viso, Dann, Storni, Scotto, Quiles, Luzzi, Marangone, Scannone”, y remata de esta manera la misiva: “¿No le parece suficiente? A mí sí.”

De muy bajo perfil, estudioso, cordial, afectuoso. Aunque también distante. Posiblemente porque fue mucho el tiempo que pasó alejado de la familia durante su infancia. Juan Manuel Suetta fue hijo de dos argentinos: Julia Barranco, una enfermera que dio a luz al mayor de sus tres hijos, Juan Manuel, el 24 de noviembre de 1916 en Buenos Aires; y de Juan Manuel Suetta, empleado en un aserradero de La Paternal. El trabajo que se les imponía a sus padres para lograr la supervivencia derivó en una primaria como pupilo en Muñiz, en una institución religiosa. Más tarde entraría al seminario de Devoto, entonces dirigido por los padres jesuitas, donde hizo algunos años del secundario.

Pero si bien Muñiz definió en él una rotunda necesidad de familia, quizás limitándolo en la manifestación explícita de los sentimientos, fue también la puerta que lo condujo al matrimonio. Luego de recuperarse de un accidente que lo llevaría a una cruenta cirugía de columna (la que acentuó su gesto duro por no poder girar la cabeza desde entonces), realiza una visita de duelo a su queridísima maestra del primario, y conoce allí a Liliana Beatriz Alinovi, con quien se casa en 1944.

Volvemos a nuestra creencia: la sabiduría se realiza en los humildes. Humildad deriva del latín *hūmilītas*, que también significa *humus*, la tierra que los hombres pisamos.

La tierra. Ese lugar tan caro para los arqueólogos.